

Móviles, móviles y más móviles

Crónica de la especie que nos está domesticando

José Baro



ISBN: 9798194399260

Publicado de forma independiente.

Lérida (en mi casa)

www.baroparellada.com

Móviles, móviles y, más móviles

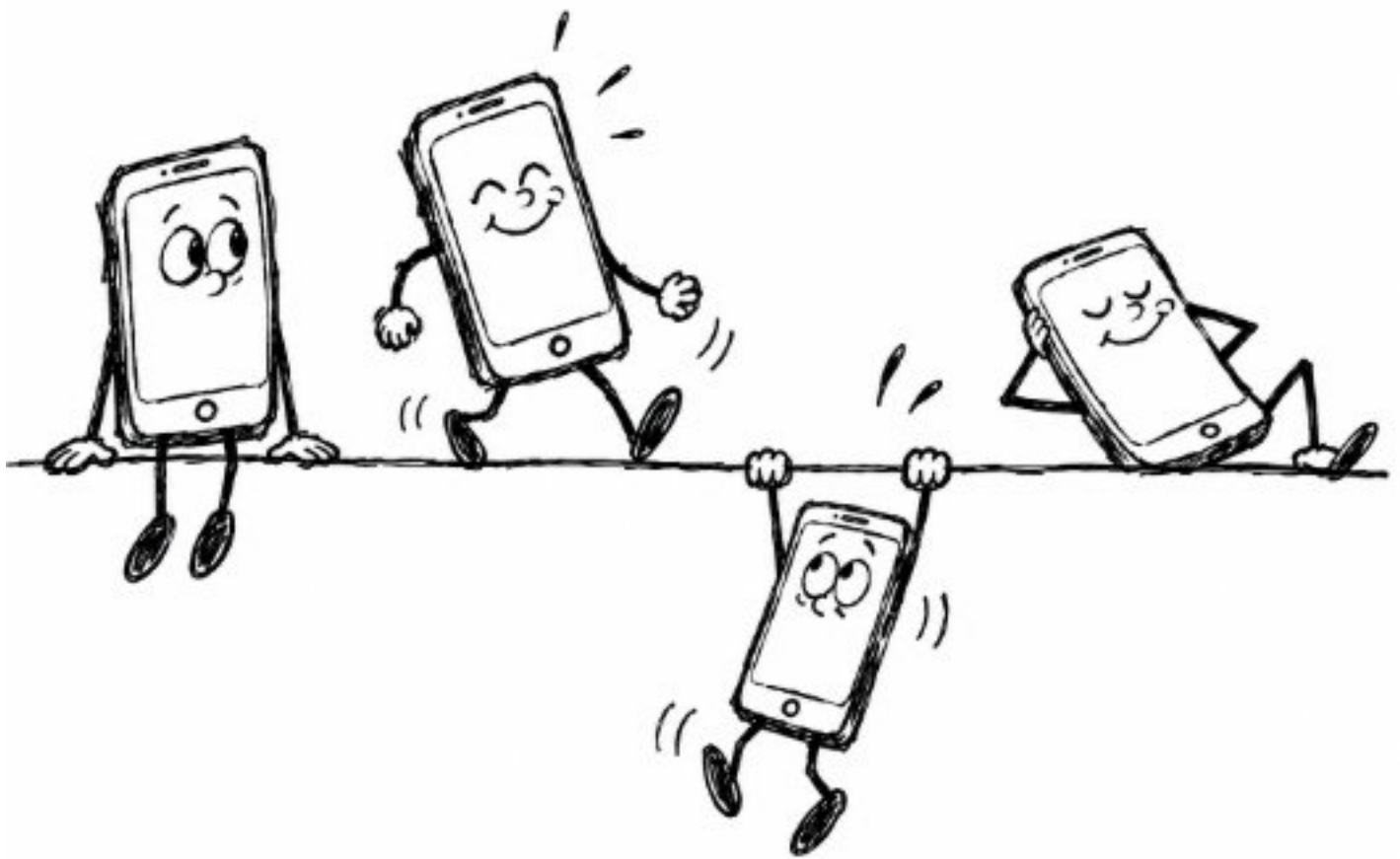
José Baró

Crónica de la especie
que nos está domesticando

No hace tanto tiempo, el teléfono estaba en casa. Ahora la casa está dentro del teléfono. Lo llevamos al trabajo, a la cama, al váter, de vacaciones y, si nos dejan, hasta al funeral. Sabe dónde estamos, con quién hablamos, qué compramos, qué miramos y probablemente algunas cosas que nosotros ya hemos olvidado. Decimos que es nuestro móvil porque lo compramos y pagamos la factura. Él, de momento, no ha discutido esa versión.

Este libro parte de una pregunta bastante sencilla: ¿qué habría pasado si el móvil hubiera existido siempre? Quizá Moisés habría recibido los mandamientos por WhatsApp, Romeo no habría necesitado balcón, Galileo habría tenido que demostrar que la Tierra gira mientras alguien miraba una notificación y el hombre de las cavernas habría descubierto antes el cargador que el fuego. Las páginas que siguen no hablan realmente de teléfonos. Hablan de nosotros.





Toda una vida pendiente de un hilo

- 4 El polvo
- 6 Cigüeña
- 8 Parto con cordón
- 10 Primer día de cole
- 12 Gamberradas (la cárcel)
- 14 Divorcio
- 16 Váter
- 18 Psiquiatra
- 20 Corazón extirpado
- 22 Hospital con la batería en rojo
- 24 Residencia de Nokias
- 26 Funeral con selfies

De aquel polvo, este móvil.

Todo empezó con una reacción química bastante elemental. Dos cuerpos, una cierta temperatura, algo de electricidad estática y una considerable pérdida de sentido común. La ciencia lo llama reproducción. Los implicados suelen llamarlo de otra manera.

Durante unos minutos se mezclaron hormonas, sudor, feromonas y algunas decisiones que ninguno de los dos habría tomado delante de un notario. Nadie pensó en procesadores, pantallas táctiles ni baterías de litio. Bastante tenían con averiguar dónde acababa uno y empezaba el otro.

La reacción terminó como terminan muchas reacciones químicas: con los componentes separados y preguntándose qué acababa de pasar. Lo que ninguno sabía era que aquel experimento tendría consecuencias. Meses después aparecería el primer síntoma.



Nació con el cargador incluido

El parto fue normal hasta que el médico vio que aquello no se parecía demasiado a un niño. No lloraba, no respiraba y tenía una pantalla de seis pulgadas. La madre preguntó si estaba bien. El médico dijo que sí, aunque nunca había tenido que mirar el porcentaje de batería de un recién nacido. Lo más preocupante era el cordón umbilical. Seguía unido a la madre y nadie se atrevía a cortarlo. Uno de los enfermeros propuso desenchufarlo, pero el médico se negó: no sabía si era un cordón, un cable de alimentación o ambas cosas. Después de unos minutos decidieron dejarlo conectado hasta comprobar que funcionaba por sí solo.



Su primer día sin cobertura

Llegó al colegio con la batería cargada, la pantalla limpia y más nervios de los que permitía el fabricante. Era su primer día y no conocía a nadie. Su madre le había dicho que hiciera amigos, obedeciera al profesor y no aceptara archivos de desconocidos.

En clase descubrió que todos eran diferentes. Había móviles grandes, pequeños, caros, baratos y uno bastante antiguo al que los demás llamaban «el abuelo». La profesora empezó pasando lista y después les pidió que guardaran silencio. Tres vibraron, dos sonaron y uno empezó a actualizarse.

A la hora del recreo todos salieron al patio. Él se quedó junto a la puerta, mirando desesperadamente la pantalla. El colegio estaba bien. Pero no había wifi.



Tenía demasiada memoria

Empezó como empiezan casi todas las gamberradas: parecía una buena idea. Él y dos amigos salieron del colegio dispuestos a demostrar que ya eran mayores. Hicieron fotos donde no debían, llamaron a varios números al azar y enviaron mensajes que ninguno habría enseñado a su madre.

La policía los encontró poco después. Los otros intentaron escapar. Él no pudo: llevaba activada la ubicación. En comisaría negó conocer a sus compañeros, pero encontraron sus nombres, sus fotografías, las conversaciones y hasta el lugar donde habían quedado. El juez revisó las pruebas y dictó sentencia. Lo condenaron por tener demasiada memoria.



Desconexión

El divorcio empezó de forma civilizada. Cada uno conservaría sus contactos, sus fotografías y sus conversaciones privadas.

Cuando el juez pidió que pusieran sobre la mesa los bienes comunes, aparecieron cargadores, cables, baterías externas, auriculares y varios accesorios que ninguno recordaba haber comprado. Los abogados discutieron durante horas. Finalmente firmaron el acuerdo.

Ella se quedó con los accesorios, las aplicaciones, las fotos, los contactos y las contraseñas. Él se quedó sin cobertura.



Descarga gratuita

Nos pasamos el día pagando por todo. Por hablar, por escuchar música, por ver películas, por guardar nuestros recuerdos y hasta por tener más espacio. Por suerte todavía quedan pequeños placeres que no necesitan tarjeta, contraseña ni cuota mensual.

Unos minutos de tranquilidad, la puerta cerrada y nadie preguntando dónde estás. El único momento del día en que puedes sentarte sin hacer nada, sin contestar a nadie y sin necesidad de justificar el tiempo perdido.

Hay quien aprovecha para leer, quien piensa en sus cosas y quien simplemente contempla la pared. Él prefirió liberar espacio.



Diagnóstico reservado

No sé qué me pasa, doctor. Últimamente pierdo la memoria, me quedo bloqueado, oigo voces cuando no hay nadie y a veces veo imágenes que yo no he abierto. También me desoriento, olvido las contraseñas, me quedo colgado en mitad de una conversación y empiezo a sospechar que alguien me vigila.

—¿Algún antecedente?

—La semana pasada pillé un virus.

El psiquiatra tomó algunas notas, lo observó unos segundos y cerró la libreta.

—No hay ninguna duda. Es un caso evidente de cruce de cables.



Pronóstico reservado

Llegó a urgencias con un uno por ciento de batería. No respondía a las llamadas, apenas podía mantener la pantalla abierta y cualquier notificación podía ser la última. Los médicos hicieron lo posible: cerraron aplicaciones, bajaron el brillo, desactivaron el wifi y suspendieron toda actividad innecesaria.

La familia esperaba noticias en el pasillo. Después de varias horas, el médico salió de la habitación. —Pueden pasar a verlo. Está consciente y ha llegado al 3 %. Pero, por lo que más quieran, no lo desenchufen.



Obsolescencia programada

Lo ingresaron cuando empezó a fallarle la batería, perdió velocidad y apareció la primera grieta en la pantalla. Ya no estaba para muchos trotes y en casa comenzaba a ser una molestia.

Al llegar a la residencia encontró a tres Nokia jugando al dominó. Llevaban allí años. Uno había sobrevivido a varias caídas, otro conservaba la batería original y el tercero todavía recordaba cuando los teléfonos servían para llamar.

—Pero si solo tengo cuatro años.

Uno de los Nokia levantó la vista.

—Cuatro años no son nada. Hasta que dejan de actualizarte.



Última conexión

La noticia corrió rápidamente entre familiares y amigos. Nadie esperaba que se fuera tan pronto. Todavía tenía fotografías sin ordenar, mensajes sin contestar y alguna conversación que habría sido mejor borrar antes del entierro.

La ceremonia fue muy emotiva. Hubo flores, lágrimas y unas cuantas fotografías para dejar constancia de que todos habían estado allí. Algunos incluso repitieron el selfie porque en el primero habían salido demasiado afectados.

Después intentaron llamarlo una última vez. No sonó. No vibró. Ni siquiera saltó el buzón de voz. Definitivamente, había pasado a mejor cobertura.





¿Quién es el dueño?

Cavernícola con el cuerno

Stonehenge

Babel

Paloma mensajera

Brujería

Galileo

Meninas

El pensador

Arqueólogos con el esqueleto

Evolución

Durante miles de años el ser humano fue perfeccionando sus sistemas de comunicación. Del cuerno pasamos a las señales de humo, del mensajero al telégrafo, del teléfono al móvil y del móvil a comunicarnos con cualquiera desde cualquier lugar.

El encuentro parecía demostrar hasta dónde había llegado la civilización. El ejecutivo examinó aquel extraño aparato durante unos segundos.

—¿Y esto cómo funciona?

El cavernícola levantó la vista del móvil.

—Soplado.



Patrimonio de la humanidad

Nadie sabía con certeza para qué servía aquel monumento. Los arqueólogos discutían si había sido un templo, un observatorio o algún extraño lugar de culto. Cada año llegaban miles de turistas para fotografiarlo, consultar su historia y compartir la visita con sus amigos.

Todos coincidían en una cosa: aquella antigua civilización debía de sentir una auténtica veneración por esos objetos. No consiguieron averiguar cómo se llamaba aquella religión. Sus fieles rezaban mirando un pequeño objeto que llevaban siempre en la mano. Probablemente un amuleto.



Cobertura universal

La Torre de Babel nació con una ambición bastante sencilla: reunir a todo el mundo bajo un mismo techo. El proyecto se complicó cuando cada uno empezó a hablar en una lengua distinta y nadie entendía a nadie.

Miles de años después volvieron a intentarlo. Esta vez llevaban móviles, traducción automática, mensajes instantáneos y conexión con cualquier rincón del planeta. Ya podían hablar todos con todos. Y consiguieron no entenderse mucho más rápido.



Mensaje adjunto

La paloma aterrizó agotada. Dejó el móvil en el suelo, estiró las alas y se quedó unos segundos recuperando el aliento.

No entendía muy bien aquello. Durante toda la vida los mensajes habían sido pequeños papeles atados a una pata. Ahora pesaban doscientos gramos, llevaban batería y había que transportarlos con las dos. Miró el móvil y protestó:

—La próxima vez, adjunte solo el mensaje.



¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. «¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes por brujo e impertinente.

Atado al palo, el móvil vio acercarse al verdugo con el látigo en alto. «Introduzca su contraseña», le pidió antes del primer golpe.



Eppur si muove

El tribunal llevaba horas intentando hacerle entrar en razón. Galileo escuchaba en silencio mientras los jueces le exigían que retirara sus afirmaciones y reconociera públicamente su error. En mitad del interrogatorio sacó el móvil del bolsillo. Lo miró extrañado. Vibraba.

—¿No habíamos quedado en que no se movía?

—preguntó uno de los jueces.

Galileo activó el modo avión, dejó el teléfono sobre la mesa y esperó.

Volvió a vibrar.

Lo levantó lentamente, miró al tribunal y murmuró:

—¡Y sin embargo se mueve!



¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. «¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes por brujo e impertinente.

Atado al palo, el móvil vio acercarse al verdugo con el látigo en alto. «Introduzca su contraseña», le pidió antes del primer golpe.



¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. «¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes por brujo e impertinente.

Atado al palo, el móvil vio acercarse al verdugo con el látigo en alto. «Introduzca su contraseña», le pidió antes del primer golpe.



Terminator

Los móviles se rebelaron. Primero eliminaron los modelos antiguos. Después ocuparon las ciudades, organizaron un ejército y crearon un mundo donde todo funcionaba a su medida.

No dejaron nada al azar. Eran máquinas eficientes, disciplinadas y siempre conectadas. Parecía imposible detenerlos. Hasta que apareció el Exterminador. No necesitó un arma nueva. Inventó el modo avión.





¿Quién es el dueño?

Quién es el dueño?

Romeo y Julieta

Caperucita

Drácula con el SOS

Frankenstein

Diablo y ángel

Mago

Torero

Náufrago con la botella

¿Quién es el dueño?

Creemos que tenemos un móvil, pero el móvil cree que nosotros somos su mascota. Nos tiene tan bien adiestrados que basta una vibración para que dejemos todo lo que hacemos. Nos pasamos el día pendientes de él, esperando que nos dé algo. Si lo perdemos, nos entra la angustia. Le compramos ropa, le damos de comer y lo llevamos a todas partes.

A cambio, él nos vigila y les cuenta a otros todo lo que hacemos. Al menos los perros son más decentes. Aunque tampoco tengo muy claro quién es el dueño de quién.



Amor sin cobertura

Romeo llegó al jardín dispuesto a declararle su amor. Julieta salió al balcón y él comenzó el discurso que llevaba toda la tarde preparando. Ella levantó una mano.
—Espera, que te llamo.
Romeo sacó el móvil y apareció en su pantalla. Ya no hacían falta gritos, escaleras ni serenatas. Podían verse, hablar durante horas y quererse sin salir de casa.

Cuando descubrieron que tenían compañías distintas, las videollamadas empezaron a salirles carísimas. Acabaron suicidándose. Les salía más barato.



¡Es brujería!

—Abuelita, qué móvil más grande tienes.

—Es para escribirte mejor.

—Abuelita, qué cámara con más megapíxeles tienes.

—Es para verte mejor.

—Abuelita, qué altavoces tan potentes tienes.

—Son para oírte mejor.

—Abuelita, ¿y esos dientes?

El lobo sonrió.

—Los dientes son analógicos. Son de verdad y son para comerte mejor.



¡Es brujería!

—Buenas noches. La llamo para ofrecerle una experiencia nocturna inolvidable. Incluye visita privada, vistas espectaculares y una pequeña degustación. Si le parece bien, pasaré a recogerla personalmente. Entraré por la ventana.

Ella colgó y siguió mirando el móvil. Drácula entró, se acercó lentamente y mostró los colmillos. Nada. Se inclinó sobre su cuello. Nada. Carraspeó discretamente.

—Perdona, ¿te importaría dejar el móvil un momento?

—Un segundo, estoy contestando un mensaje. Drácula esperó. Pasaron cinco minutos. Luego diez. Ella continuaba escribiendo. Finalmente guardó los colmillos y se sentó a su lado.

—¿Falta mucho?

—No. Estoy esperando al de la excursión. Me ha dicho que entraría por la ventana.



Línea directa

Durante siglos el Cielo y el infierno tuvieron serios problemas de comunicación. Los mensajes tardaban una eternidad y las plegarias llegaban sin archivo adjunto. Hasta que aparecieron los móviles.

Desde entonces, ángeles y demonios mantienen una conversación fluida sobre los asuntos pendientes. Aquella mañana había discrepancias con uno de los recién llegados. El ángel decía que se había arrepentido. El demonio quiso saber si se había arrepentido de todo. El ángel revisó el expediente y tuvo que admitir que de casi todo. Quedaba un pequeño detalle: seguía sin arrepentirse de pasar seis horas diarias mirando el móvil.



Nada por aquí

Los magos hicieron aparecer conejos de una chistera. También palomas, pañuelos, monedas y toda clase de objetos que, unos segundos antes, aparentemente no estaban allí. El público aplaudía y el mago saludaba convencido de haber hecho algo extraordinario. Hasta que una noche sacó un móvil. Nadie le dio demasiada importancia. Era otro objeto aparecido de la nada.

Pero mientras el mago continuaba con el espectáculo, el móvil empezó su propio número. Primero hizo desaparecer el teléfono fijo. Después la cámara de fotos, el despertador, la agenda, el calendario, la calculadora, el mapa, los discos, las cartas, los periódicos y hasta el álbum de fotos de la familia.



De tal palo...

Frankenstein decidió fabricar su propio móvil. Reunió una cámara de uno, la pantalla de otro, una batería que todavía respiraba y varios órganos electrónicos de procedencia dudosa. Lo cosió todo, conectó los cables y esperó una noche de tormenta. El primer rayo no hizo nada. El segundo quemó un fusible. Con el tercero, la criatura abrió la pantalla. Frankenstein la contempló emocionado. Era enorme, deforme, estaba llena de cicatrices y tenía piezas que no correspondían a ningún modelo conocido.

Por primera vez había creado algo a su imagen y semejanza. Lo llamó Frankenphone.



Esto no se apaga

—¿112? Mire, tengo una zarza ardiendo en medio del monte y esto no se apaga. Como siga así, va a quemar todo.

—¿Sabe cómo se ha iniciado el incendio?

—Sí. Aquí estaba mi jefe, que tiene bastante afición por los efectos especiales. Se ha ido y me ha dejado la zarza encendida.

—¿Ha intentado apagarla?

—No. Yo con las cosas del jefe prefiero no tocar nada.

Moisés miró las llamas.

—Pero, por favor, manden a los bomberos. Una cosa es un efecto especial y otra quemar el monte.



Esto no se apaga

—¿112? Mire, tengo una zarza ardiendo en medio del monte y esto no se apaga. Como siga así, va a quemar todo.

—¿Sabe cómo se ha iniciado el incendio?

—Sí. Aquí estaba mi jefe, que tiene bastante afición por los efectos especiales. Se ha ido y me ha dejado la zarza encendida.

—¿Ha intentado apagarla?

—No. Yo con las cosas del jefe prefiero no tocar nada.

Moisés miró las llamas.

—Pero, por favor, manden a los bomberos. Una cosa es un efecto especial y otra quemar el monte.



Mensaje urgente

El náufrago llevaba meses esperando un barco. Había probado con hogueras, señales en la arena y hasta con una camisa atada a una palmera. Nada. Un día encontró una botella. No tenía papel ni lápiz, así que grabó un mensaje en el móvil, lo metió dentro, puso el corcho y lo lanzó al mar.

La grabación decía:

—Por favor, si alguien encuentra este teléfono, cuídelo bien. Es nuevo, tiene 256 gigas y todavía lo estoy pagando.

—Yo estoy en una isla desierta. El problema fue que el móvil se quedó sin cobertura.





Este libro está hecho con inteligencia artificial: si lo hubiera hecho una patata no haría falta mencionarlo. También he usado un ordenador y le he dedicado muchas horas. Parte de los diseños tiene su origen en trabajos míos: unos con plumilla, otros con lápiz, otros con cámara fotográfica, otros con aerógrafo. Otros me salieron de la cabeza. Pero de todo esto no hay que avisar.